

# NIÑOS DE LA BIBLIA.



DAVID CORTA LA CAREZA AL GIGANTE GOLIATH.

XX.

## DAVID.

Enemigos constantes del pueblo de Israel los belicosos filisteos, apenas habian recuperado las fuerzas debilitadas con la mortandad de anteriores combates, cuando volvieron a presentarse en los confines de la tribu de Judá con tanta mas resolucion para la pelea, cuanto mayores eran sus deseos

de venganza. Saul, que por esta época mandaba al pueblo de Dios, reunió con presteza a los guerreros de todas las tribus, y fué a oponerse a los filisteos, ocupando un collado frenteal en que ellos habian establecido sus reales, y dejando entre ambos ejércitos el espacioso valle de Terebinto, sitio el mas á propósito para la pelea. Pasaban dias sin embargo, sin que ni uno ni otro ejército hiciese demostraciones de empezar el combate, tanto era el respeto que mutuamente se tenían, cuando un nuevo incidente vino á demostrar, que si allí habia inaccion y co-

Agosto de 1848.

TOMO II. 15

bardia, estas se hallaban de parte de los israelitas.

Arrogante y confiado en sus fuerzas, salió un día de las filas de los filisteos un prodigioso gigante, llamado Goliath, el que descendiendo hasta el medio del valle que separaba ambos ejércitos, empezó á desafiarse á los israelitas á singular pelea, dirigiéndoles para escitarlos á ella, los mas provocativos improperios. Venia el gigante armado de todas armas, con reluciente casco en la cabeza, con una coraza de apiñadas escamas de bronce, con alfange, escudo, y una lanza de desmesurada longitud y peso correspondiente, la que sin embargo blandía, y volteaba con la misma soltura y facilidad que si fuese un flexible junco. Cada una de estas piezas de armadura era muy capaz de abrumar á todo el que, no siendo un Goliath, quisiese llevarla ó manejarla; pero como todas estaban en proporcion con su elevada estatura, cual no habia entonces otra entre todos los hombres conocidos, contribuian extraordinariamente á darle una apariencia feroz y aterradora. Cada vez mas arrogante, y animado con el silencio de los israelitas, volvió un día y otro día á repetir sus insultos y provocaciones, y acercándose hasta donde pudiesen oír su atronadora voz, les decia:

—¿Qué haceis ahí, cobardes, como preparados á una batalla que no os atreveis á dar? Si no teneis fuerzas ni audacia para combatir á la valiente raza de Filistin, fiad al éxito de un combate singular el término de nuestras contiendas: ved si hay entre vosotros uno solo, uno siquiera, que se atreva á pelear conmigo, que si él me venciere, todos nos rendiremos al momento; mas por el contrario, si como espero, yo quedase vencedor, todos vosotros seréis perpetuamente nuestros esclavos.

Semejantes palabras y el aspecto del gigante tenian de tal manera atemorizados á los israelitas, que no habia entre ellos quien se atreviese á salir para castigar la audacia del incircunciso filisteo. El rey Saul á vista del urgente peligro, á vista de la mengua del pueblo de Israel, reunió á los ge-

fes y á los principales guerreros, y les dijo con ansiedad:

—¿No hay entre vosotros uno que se sienta con valor para lidiar con ese orgulloso enemigo?... ¿No hay entre vosotros uno siquiera con la generosa resolucion de sacrificarse, si es necesario, por la salvacion de todos?

Nadie se atrevió á contestar al monarca, por lo que este insistió diciendo:

—Al que una empresa tan gloriosa fuese capaz de acometer, le concederé riquezas superiores á las que en su imaginacion pudiera desear; le haria libre para siempre de todo tributo y hasta le concedería en matrimonio á mi hija, que es á quien mas estimo sobre la tierra.

Con el mismo triste silencio fueron acogidas estas seductoras ofertas del monarca, por lo que este despechado, iba ya á anunciar su resolucion de salir personalmente á la defensa del pueblo que Dios habia puesto á sus órdenes, cuando entraron á anunciarle como habia ya quien se brindaba á combatir con el gigante. Mandó Saul que le presentasen inmediatamente aquel salvador del pueblo de Israel, y ¡cual no fué su sorpresa y la de todos los circunstantes, cuando en vez de un fornido campeón ó de un formidable guerrero provisto de todas armas, vieron entrar un agraciado jovencito, de undosos y rubios cabellos, sin mas armas que un báculo pastoril, ni mas defensa que un sencillo trage de pastor, que dejaba descubrir en gran parte toda la robustez y gallardia de sus miembros!

El rey que por estas apariencias no podia recelar la grandeza de ánimo que en aquel jovencito se ocultaba, le dijo sorprendido:

—¿Y eres tú el que ha de salir á la pelea con ese formidable filisteo?

—Vuestro siervo, oh rey, irá gustoso á combatir con él y á quitar el oprobio del pueblo de Israel. Que nadie se deje aquí aterrar por ese audaz enemigo que así se atreve á maldecir é insultar al ejército de Dios vivo.

—¿Pero tú, quien eres? Cómo te llamas?

—Yo soy David, hijo de Isay: he venido desde la casa de mi padre al campamento para ver á mis tres hermanos mayores que pelean, señor, bájenme vuestras órdenes; y aunque ellos no me creen capaz de esta empresa, yo he resuelto acometer á ese filisteo, así que le he oído llenar de improperios al pueblo de Israel.

—Pues vuelve á casa de tu padre. Nunca se dirá que yo te envié á la muerte, mandando un niño á pelear con tan formidable gigante.

—Ningun peligro correrá mi vida, y el Señor que me ha salvado de las garras de las fieras, me librará también de manos del enemigo de su pueblo. Porque acostumbrado estoy, oh rey, á perseguir y vencer á los osos y leones que arrebatában alguna oveja de mi rebaño, y lo mismo con la ayuda de Dios venceré al filisteo, porque ¿quién es él para venir á desafiar al ejército de Dios vivo?

Habia tal convicción en las palabras de David y era tan animosa su serenidad, que Saul se dejó persuadir, y no dudó un momento de que el espíritu y fortaleza de Dios asistían á aquel donado joven. Levantóse y estrechándole entre sus brazos, renovando en favor suyo las promesas que tenia hechas, le dijo:

—Ve, pues, y que el Señor sea contigo.

Después y á impulso del afecto que David le inspiraba, con una ternura casi paternal le ofreció su excelente armadura y le cedió su espada; pero David, que no se atrevió á rechazar estas demostraciones del rey, cuando vió que aquellos atavíos mas le servían de estorbo, y que la pesadez de las armas no le dejaba andar con desembarazo, se despojó prontamente de ellas, diciendo:

—No es con semejantes armas con lo que he de vencer al filisteo, sino con el favor de Dios que ya me ha preservado de la boca de los leones.

Tomó sus sencillos arreos pastoriles, cogió la honda en la mano, eligió cinco mondados y lustrosas piedras en el cauce del torrente, y sin mas preparativos salió al encuentro del gigante,

seguido de cuantas personas habia en el campamento, que ansiaban presenciar el resultado de un combate tan desigual.

¡El contraste no podia ser mas notable! Contra un hombre de una fuerza y estatura extraordinarias, un jovencito apenas llegado á la época del desarrollo de sus fuerzas, contra el combatiente aguerrido en cien batallas, el habituado á la pacífica ocupación de guardar el ganado, y contra el provisto de formidables é impenetrables armas, un contrario casi desnudo, sin mas armas que el báculo y la honda.

Por esta razón cuando Goliath vió venir hácia sí semejante enemigo, exclamó con el tono del mas profundo desprecio:

—¿Eres tú el que viene á pelear por el pueblo de Israel?

—Yo vengo á ti, contestó David, en nombre del Dios de los ejércitos, en nombre del Dios del pueblo de Israel á quien has insultado.

—¿Y acaso soy yo algun perro para que vengas contra mí con el báculo en la mano?

—Para triunfar de ti no se necesita ni lanza, ni espada, porque toda la muchedumbre que está á nuestra vista, ha de conocer hoy como triunfa el Dios de Israel, aquel en cuyas manos está la suerte de las batallas.

El gigante, arrebatado de cólera, dió unos pasos hácia David, diciendo:

—Ven, maldito de mis dioses, acércate, y estrellando tu cuerpo contra la tierra, se le dará para pasto á las bestias feroces y á las aves de rapaña.

David, rápido en sus movimientos y atento siempre á los de su enemigo, tomó una de las piedras que llevaba preparadas, la ajustó en la honda y haciéndola girar dos ó tres veces, la despidió con notable furia. Oyóse el chasquido de la honda, y en seguida el estallido de la piedra en la anchurosa frente del gigante, donde fué á estrellarse con tan certero como violento impulso, abriéndole una profunda y mortal herida. Goliath titubea, dá algunos pasos desalentados; pero una nube de sangre le pasa ante los ojos, y al fin cae boca abajo en tierra con

grande estrépito. David se acerca á él, le saca su misma espada, y levantándola á dos manos, se la deja caer sobre el cuello, cortándole la cabeza.

Gritos de admiracion y entusiastas aplausos resuenan entonces en las filas de los israelitas, mientras que el terror circula por las de los filisteos que miran su causa como perdida. Asi es que sin hacer casi resistencia á los israelitas que sobre ellos se venian, huyeron con el mayor desorden, siendo perseguidos hasta las mismas puertas de Accaron.

David fué á poner la cabeza del filisteo á los pies del rey Saul, que tan

ingrato habia de ser despues para con él, y llevó á su tienda los demas despojos de la batalla, excepto la espada de Goliath que con todos los honores del triunfo y en medio de los aplausos y cánticos de júbilo, fué depositada en el mismo tabernáculo del Señor, para testimonio y como recuerdo de una victoria conseguida con el auxilio de aquel Dios que siempre protege á los que en él confian por apurados que lleguen á verse, y que se sirve del brazo mas débil para hundir en el polvo á los orgullosos de la tierra.

F. FERNANDEZ VILLABRILLE.

## HISTORIA DE ESPAÑA RECREATIVA.

### III.

#### TEODOREDO.—TORISMUNDO.

Muerto Walia, sin haber experimentado el trágico fin de sus antecesores, subió al trono Teodoro, pariente del difunto rey: durante la monarquia de este principe, ocurrieron en España sucesos que no pudieron menos que hacer agitado y tormentoso el reinado de Teodoro, pues las naciones bárbaras, creyendo acaso que el nuevo principe godo no seria tan arrojado y decidido en los combates como el finado, volvieron á levantarse, y en son de guerra recorrieron y se apoderaron de aquella parte de España de donde pocos años antes habian sido espulsados por la pericia y decision de Walia. Primeramente los vándalos marcharon contra los suevos, que se habian retirado y guarecido en las asperezas de las montañas de Asturias, desde cuyo punto mas esperanzados en el éxito de la victoria, aguardaron con resolucion á sus perseguidores; pero los

vándalos, temerosos de experimentar un terrible descalabro si atacaban á los suevos, quienes tenian la ventaja de la buena posicion para poder rechazar á sus enemigos, abandonaron su primer intento y tomaron diferente rumbo; talando y destruyendo se fueron abriendo paso hasta que llegaron á sus antiguas moradas en la Bética, de donde Walia los habia lanzado.

Los generales del imperio no pudieron mirar con ojos pasivos esta repentina invasion; pero sus medidas para atajar la inundacion, se neutralizaron con la fuerza del torrente, y á despecho de dichas autoridades romanas, construyeron una armada, y los puertos de Andalucia les facilitaron el camino para infestar las islas Baleares, robar la ciudad de Cartagena, talar las tierras de Mauritania, y volver triunfantes á Sevilla, cuya hermosa poblacion fué tambien objeto de la inusitada codicia de tan bárbaros invasores; pues el mismo rey Gunderico, sabedor de las muchas riquezas que encerraba el templo de San Vicente, puesto á la cabeza de los vándalos, acudió para

saquearle; mas en el mismo umbral de la puerta del templo cayó muerto de una pedrada que con su honda le disparó un silingo; catástrofe que lamentaron los vándalos, y que interpretaron como castigo del vengador celeste los que á la sazón profesaban el cristianismo. Sin embargo, con la muerte de Gunderico creció la irritación de los bárbaros, y duplicaron el saqueo y fué mayor su crueldad.

A Gunderico sucedió su hermano Genserico, y mandados por este rey, se presentó á los vándalos una nueva ocasión para dar mas latitud á sus perpétuas conquistas. Bonifacio, prefecto romano del Africa, mal satisfecho del emperador Valentiniano, encomendó su venganza á la traición, y desde el Africa mandó un mensajero al rey de los vándalos, que puesto en presencia de este príncipe bárbaro, dijo lo siguiente:

—Bonifacio, prefecto romano del Africa, ve gobernada la república de Roma por la emperatriz Placidia, en nombre del jóven emperador Valentiniano. Accio, general de las armas romanas en las Galias, tiene con la emperatriz grande autoridad y privanza, y envidioso como quien mas, proyecta derribar de su puesto á Bonifacio; pero Bonifacio quiere vengarse y burlar los intentos de Accio, y te ofrece las dos terceras partes de la tierra de Africa si le ayudas contra sus enemigos.

Semejante razonamiento, aunque breve, le halló Genserico bastante significativo, y contestó al instante que aceptaba la oferta, y sin pérdida de tiempo reunió sus huestes en un solo punto, para trasmitir y ponderar la importancia de la anterior misiva. Los vándalos antes de embarcarse, atacaron á los suevos en distintas partes de la Península, con cuya funesta despedida pasaron tranquilamente la ribera del mar en número de ochenta mil; verificaron su embarque, y dirigieron su rumbo hácia Africa, donde impacientemente los aguardaba Bonifacio.

Parecía natural que con la retirada de los vándalos, la España quedase tranquila de violencias y terribles per-

secuciones; pero desgraciadamente no fué así, porque los suevos capitaneados por Hermerico su rey, determinaron imitar á los vándalos, y saliendo de las tenebrosas guaridas de sus montañas, á manera de avenida, entraron por Galicia talando las tierras y maltratando á sus pacíficos moradores, los cuales no tardaron en someterse al dominio de la agresión injusta. Murió Hermerico y pasó la corona á las sienes de su hijo Rechila, mozo de genio encendido y bravo, y que siguió las huellas de su padre en todo. Pasó este rey á Andalucía, dió una famosa batalla á los romanos en las orillas del Genil, de la que salió vencedor, destruyendo á sus contrarios; domó á los silingos, se apoderó de Sevilla, y dando la vuelta hácia Lusitania, tomó á Mérida; pero forzoso es manifestar de paso, que trofeos tan repetidos y consecutivos los debió Rechila en gran parte á la ausencia de Sebastian, general de los romanos, ocupado á la sazón en domar las turbulencias del Africa. Pero de cualquier modo que fuese, los suevos siguieron en su afán de conquista ganando á Toledo y otras varias ciudades de no menor importancia, cuyas nuevas posesiones supo conservar Rechila bajo su poder, hasta que llegó la hora de su muerte.

Entre tanto Teodoredo, reducido tan solo al dominio de Cataluña, se esforzaba en humillar el poder romano, en la Galia meridional; mas al fin, aun cuando casi siempre estuvo de su parte el éxito de la victoria, tuvo la grande generosidad de conceder la paz que le pedia su postrado enemigo, si bien era una especie de aplazamiento que hacia, hasta lograr dar un terrible escarmiento á los suevos, cuyas conquistas le inquietaban demasiado por hacerlas en territorios que eran de su dominio. Sin embargo, no pudo verificar su intento, porque al mismo tiempo, los hunos, conducidos por Atila, vulgarmente llamado *Azote de Dios*, no cabiendo en su país, ó lo que es mas verosímil, á instigación de los romanos, rompieron sus términos y penetraron en las Galias, llevándolo todo á sangre y fuego.

« Los hunos parece que traian su origen de las márgenes del Ponto Euxino: «eran hombres, dice Mariana, de aspecto feroz; en trato y comida, groseros; tanto, que ni de fuegos ni de guisados solian usar, sino de raices, y de carnes calentadas entre sus muslos: algunas veces sustentaban la vida con la sangre de sus caballos, que les abrian para esto las venas, y los sangraban. » Tan grande era el daño que por todas partes iba haciendo Atila con su feroz soldadesca, y tanto el recelo y temor de godos, romanos y franceses, que de comun acuerdo concertaron una liga, para que los tres ejércitos unidos, pudieran evitar los terribles estragos de los hunos. Aecio, general romano, Meroveo rey de Francia, y Teodoredo rey de los godos, quedaron conformes en la confederacion, y mutuamente se previnieron para la acometida. Llegó el momento, y Teodoredo antes de partir, llamó á sus hijos, que eran seis, y teniéndolos presentes, los habló de esta manera:

—Hijos míos; el infausto poder de Atila, hallenado de consternacion y espanto á tres naciones á un tiempo, las que se unen para hacer rostro á tan poderoso antagonista. Esto os digo, porque la lucha será reñida y sangrienta, y porque dos de vosotros es menester que me acompañen, y sean testigos de mi ventura, ó mi desgracia.

Los seis hermanos desnudaron sus espadas, y todos porfiaban por obtener la preferencia en la eleccion de los que debian partir con el soberano; pero Teodoredo, á fin de acallar esta honrosa controversia, impuso silencio á sus hijos, y continuó:

—Eurico, Riccinero, sois aun muy pequeños para experimentar los horrores del combate; Himerico... estás enfermó, y el estruendo de las armas te perjudicaria demasiado; Friderico, aun no te he armado caballero, y es mi voluntad que despues de verificado ese acto, sea un combate contra barbaros ó romanos tu primer hazaña: escojo pues para que me sigan á Torismundo y á Teodorico, mis inme-

diatos sucesores, si tal es el designio de los godos.

Los hijos no pudieron menos que conformarse con la decision del padre, quien seguído de Torismundo, Teodorico, y de lo mas escogido de sus tropas, acudió al punto que habia sido señalado por cuartel general. Cuando todo el ejército confederado estuvo reunido, ordenaron sus haces, á guisa de pelear; mas Atila les aborrió la mitad del camino, porque salió al encuentro de sus contrarios, cuando estos menos lo esperaban. Cupo á Teodoredo y sus hijos, el mando del ala derecha; Aecio con sus francos, tomó la izquierda, y Meroveo decidió atacar por el centro. Poco faltaba ya para dar principio á la refriega, cuando Atila observó que los suyos se habian turbado un poco, al ver, sin duda, el buen orden y considerable número del ejército aliado, y con el intento de amarrarlos, cuentan que les habló así:

—Vencedores del mundo, creo inútil encender vuestros pechos de suyo varoniles y esforzados con palabras; por que sé que los valientes hunos se deleitan mas viendo verter la sangre de sus contrarios, que escuchando pomposos y acalorados razonamientos, que á nada conducen. Tres naciones se han unido para combatir á una sola, y si hoy vencemos, como lo espero, conquistaremos el imperio del mundo.

Concluida esta arenga, se lanzaron los hunos con furia sobre sus contrarios, los cuales los recibieron con no menor esfuerzo y serenidad; generalizóse la batalla; ora mueren de estos, ora de aquellos, mas al fin, las llanuras de Chalons, que era el parage donde se verificaba el combate, fueron testigo de la humillacion del terrible y bárbaro rey de los hunos, que miró con rabia su ejército destrozado, y en la mas grande dispersion; pero en lo mas encendido de la batalla cayó Teodoredo de su caballo, y falto de destreza y agilidad por los muchos años que tenia, no pudo levantarse á tiempo, y fué pisado y muerto por sus mismos escuadrones. Torismundo y Teodorico que le seguian de cerca,

cuando le vieron caer, se avalanzaron para librar á su padre de tan grande peligro; mas el remedio acudió tarde porque á los pocos minutos, espiró en los brazos de sus hijos, diciendo estas últimas palabras:

—La batalla se ha ganado.... ese es mi gran consuelo, y vuestro anciano padre muere cubierto de gloria... imitadme.... adios.

No dijo mas. Los hijos con el llanto del sentimiento y la desesperacion, levantaron el ilustre cadáver, depositaronle en lugar seguro, y montando segunda vez á caballo, se incorporaron nuevamente á los perseguidores del disperso ejército de Atila, y fuertemente preocupados con la memoria de su padre, no dieron cuartel á cuantos hunos cogieron entre sus manos: vino la noche y aun no habia quedado satisfecha su venganza, y á tal extremo llegó su ferocidad en varias ocasiones, que ciegos de cólera entraron en los reales de sus enemigos, con lo cual corrieron no escaso peligro, siendo el mismo Torismundo derribado del caballo y herido en la cabeza, y merced al esfuerzo de sus soldados, pudo escapar de lance tan comprometido.

En sentir unánime de todos los contemporáneos, quedaron muertos cerca de doscientos mil de los hunos, no siendo tan considerable la pérdida de los aliados. Visto el lastimoso estado del comun contrario, fácilmente hubiera podido Aecio acabar con los hunos; pero su ambiciosa política le aconsejó dejar que la nacion bárbara se pudiese reponer, á fin de hacerse mas necesario al imperio romano, y por eso, despues de haber dado las mas espresivas gracias á los confederados, los despidió con diferentes pretextos.

Pero volvamos á los hijos del difunto rey godo, que despues que hicieron las mas pomposas exequias á Teodoro, los dos que habian presenciado la catástrofe en campaña, se declararon pretendientes á la corona; pero el ejército godo dió la preferencia á Torismundo por ser el primogénito, y por tener mas confianza en él que en ninguno de los otros. Con efecto, To-

rismundo á pesar de la oposicion declarada de sus hermanos, ocupó el puesto de su padre, y aun cuando fué su intento acabar con el amilanado ejército de Atila, miró las cosas de su reino y decidió aplazar su designio, porque sus hermanos Teodorico y Eurico miraban con celosa envidia la corona colocada en las sienes del primogénito, quien algo mas que advertido, y hasta cierto punto temeroso de un gran mal, juzgó que su presencia en la corte neutralizaria los proyectos de la usurpacion. Pero la traicion aguzaba el mortífero hierro, y creyó que un plan de asesinato seria el escalon mas poderoso para subir al ambicionado trono.

Tenia Torismundo un privado, de nombre Ascalerno, en quien aquel confiaba los principales asuntos del reino; mas en una ocasion que el rey fué atacado de una grave enfermedad, recibió el favorito una misiva que decia:

«Ascalerno: Teodorico y Eurico quieren que esta noche pases con gran secreto á su morada, donde escucharás lo que de tí solicitan.»

Ascalerno, como es de suponer, no estaba ignorante de la enemistad que entre los principes existia, y aun presumen ciertos escritores antiguos, que á este personage de cuenta, habia sido encomendada una orden por Torismundo de dar muerte á los inmediatos sucesores á la corona. Ignórase si el privado consintió en llevar á cabo el terrible proyecto; pero no cabe duda que sin participar á su señor lo que sus hermanos le habian escrito, acudió solicito y puntual al parage indicado por estos.

Cuando los principes le vieron entrar, se holgaron mucho de su exactitud y como le hicieran sentar con estremado agasajo y cortesia, le hablaron en los términos siguientes:

—Ascalerno, empezó Teodorico, ha llegado á nuestra noticia que Torismundo te ha ordenado darme la muerte como tambien á mi hermano Eurico. (1).

(1) Segun el obispo Idacio, Torismun-

—No pretendo negarlo, respondió Ascalerno, pero me toca decir al mismo tiempo que semejante proyecto no fué acogido por mí.

—Pues bien, interrumpió Eurico, tu felicidad será la mas completa del mundo, si escarmientas al tirano usando con él de las mismas armas que quiso emplear contra nosotros: el ejército godo es numeroso, muy vastos nuestros dominios, y si mi hermano logra ceñir la corona del enfermo rey, el agasajo que debes esperar de nuestra parte, piensa que no será mezquino.

Con este y otros ofrecimientos lo-

graron los aspirantes al trono conquistar el ánimo del favorito, quien un tanto remiso al principio, luego dudoso y al fin decidido, salió de la estancia resuelto á verificar el proyecto indicado. Con este fin penetró en la habitación del monarca, al cual halló postrado en su lecho y en lo mas fuerte de sus dolencias: según su costumbre siempre que entraba su privado, mandó alejar á los servidores que cercaban su cama, y cuando se vió solo con Ascalerno, le preguntó:

—¿No te resuelves á dar la muerte á mis hermanos?



—En este momento acabo de hablar con ellos.

do había decretado la muerte de sus hermanos, quienes matándole, no hacían sino defenderse. He aquí sus palabras: *«Thorismo rex Gothorum spirans hostilia in Theodorico et Frederico patribus jugulatur.»*

—¿Qué te han dicho, preguntó Torismundo incorporándose, qué te han dicho?

—Saben que tú has dictado su sentencia de muerte, y me aconsejan que te mate yo á ti.

—Gracias, respondió el rey, que el encargo fué dado á quien no será capaz de hacer una acción tan injusta.

—Te equivocas, señor, he jurado que lo haria, y lo haré.

—¡Cómo! exclamó Torismundo sorprendido.

Pero Ascalerno desnudó mientras tanto la espada, y asiendo con violencia la larga cabellera del postrado rey, escendió el arma en su pecho hasta la empuñadura, y cuando estuvo satisfecho de que no existia, pasó á dar á los principes la noticia de tan funesta ejecución.

Así acabó Torismundo en Tolosa al año de su reinado y 455 de Cristo, y por este infame medio cedió la corona goda Teodorico su inmediato sucesor, á quien estaba reservada la justa represalia que de suyo impone la justicia del cielo á todo el que logra su fin recurriendo á tan feroces procederes.

I. A. BERMEO.

## APUNTES MORALES.

### GUILLERMO TELL.

#### TERCERA PARTE.

##### II.

Un inmenso gentio se advierte en la plaza pública de Altdorf, todos mirando hacia la izquierda donde se advierten las llamas de un incendio, y escuchando el ruido de las campanas que todas suenan á la vez con toque de rebato. En los grupos que se ven en la plaza, están Ruodi, Kuoni, Verni, y el picapedrero, del cual hablamos en otro lugar.

—¿No advertís el incendio? pregunta Ruodi; ¿no escucháis las campanas que suenan á la vez por todas partes?

—Si, contesta el picapedrero; esa es una señal de que han sido echados los enemigos. Y nosotros, habitantes de Uri, ¿sufrimos la presencia de este palacio de los tiranos sobre nuestro suelo? ¿Somos libres ó no? Destruyamos esta odiosa fortaleza.

—¡Abajo! ¡Abajo! gritó la multitud. Todos se dirigian al palacio, á cuyo tiempo apareció Walther Furst diciendo:

—¡Deteneos, amigos, deteneos! que

aun ignoramos lo que pasa en Underwald y en Schwitz; esperemos un mensaje.

—¿A qué esperar, contestó Kuoni, cuando ha muerto el tirano y ha llegado el día de la libertad? Ese incendio que se apercibe á lo lejos y ese toque de rebato que estamos escuchando nos lo dice todo. Hombres y mugeres, seguidme; acudamos juntos; destruyamos la fortaleza que nosotros mismos comenzamos á edificar.

A estas palabras ninguno se detiene, y entre gritos y algarazas siguen á Kuoni para llevar á cabo la obra de destrucción.

—Imposible contenerlos, dijo Walther Furst viéndolos marchar.

A este tiempo, llegaron Melchthal y Baumgarten.

—¿Aun subsiste esa fortaleza? preguntó el primero; ya Sarnen está convertido en cenizas, y Rouberg completamente destruido.

—¿Qué decís, amigo mío, interrumpió Walther Furst, es ya libre el país? ¿No tenemos enemigos que temer?

—Nuestro suelo es libre, continuó Melchthal abrazando á su interlocutor; si, venerable anciano; en este momento que os hablo, no existe ningun tirano en toda la Suiza.

—¿Y cómo os habeis apoderado de la

fortaleza? preguntó el anciano Furst.

—Rudenz, prosiguió Melchthal, con varonil audacia se ha hecho dueño del palacio de Sarnen; la noche anterior, subí yo mismo á Rossberg; pero escuchad lo que ha sucedido. Ya habíamos espulsado á los enemigos del palacio é incendiádole, cuando Diethelm, el ayuda de cámara de Gessler, acudió gritando que la señora de Bruneck era presa de las llamas.

Mientras estos personajes hablaban se oía de vez en cuando el ruido que producía la destrucción del palacio de Uri.

—Con efecto, continuó Melchthal, era ella misma; había sido encerrada secretamente por orden del gobernador. Rudenz se lanza con valor....

—¿Se salvó? preguntó Walther Furst con apresuramiento.

—Era necesario prontitud y resolución. Berta era nuestra aliada, honraba á nuestro pueblo, y valerosamente arriesgamos nuestras vidas y nos precipitamos en el fuego.

—Pero ¿se ha salvado?

—Sí, respondió Melchthal; Rudenz y yo la sacamos de entre las llamas.

—¿Dónde está Landeuberg? preguntó Walther Furst.

—En las montañas de Brunig. Si aun subsiste en el mundo, se lo debe á mi ciego padre, no á mí: yo volé en su persecución, le conduje á los pies de mi padre; ya tenía yo mi espada levantada sobre su cabeza, cuando imploró la misericordia del anciano ciego, y ella le ha salvado; pero ha jurado desterrarse del país y no volver á él jamás... Y sostendrá su juramento, pues ya ha sentido la fuerza de nuestro brazo.

Al decir esto, se vieron venir muchos niños, que traían en sus manos los despojos de la destrucción del palacio, y muchos jóvenes que en medio de la mas grande algazara, llevaban sobre un palo el funesto sombrero, delante del cual no hacía mucho tiempo habían tenido que humillarse.

—Lo que noblemente juramos en Rutli, dijo Melchthal, ya se ha cumplido.

—La empresa ha comenzado, dijo Walther Furst, pero no está acabada todavía: es preciso ahora union y valor, porque el rey no tardará en querer vengar la muerte de su representante.

—¿Que venga con su ejército! respondió Melchthal: hemos sabido emanciparnos del enemigo interior, y sabremos tambien vencer á nuestros enemigos exteriores.

Todos cuantos allí estaban reunidos miraron hacia la derecha, y vieron venir corriendo á dos hombres con grande apresuramiento. Estos dos hombres eran el cura y Stauffacher, á quienes el pueblo creyó portadores de una mala noticia, y al punto les cercaron con ansiedad.

—¿Qué hay? ¿Qué sucede? preguntaban todos.

—El emperador ha sido asesinado! respondió el cura.

—¿El emperador asesinado! exclamaron todos con asombro.

—¿Quién ha osado cometer tan horrible accion? preguntó Walther Furst.

—Su sobrino, dijo Stauffacher; el hijo de su hermano; el duque Juan de Suavia.

—¿Qué razon ha tenido para semejante parricidio? preguntó Melchthal.

A lo cual repuso Stauffacher.

—El emperador guardaba su herencia paterna, y la negaba á sus impacientes reclamantes. Dicen que tenía proyectado dar á su sobrino la mitra episcopal; pero de cualquier modo que sea, el joven príncipe ha escuchado los criminales consejos de algunos de sus compañeros de armas, y con los señores de Eschembach, de Tegerfeld, de Wart y de Palm, resolvió, ya que le negaba justicia, vengarse con su propia mano.

—¿Se sabe donde han huido los asesinos? preguntó Melchthal.

—Después que cometieron el horrendo atentado, prosiguió Stauffacher, han tomado caminos diferentes, y se han separado para no volverse á ver. El duque Juan debe andar errante por las montañas.

—Señores, gritó uno del pueblo. ¿Dónde está Guillermo Tell? ¿No le sa-

ludaremos siendo él quien ha cimentado nuestra libertad? Pasemos á buscarle en su humilde morada, y saludemos todos á nuestro libertador.

—Si, si, gritó la muchedumbre, saludemos á nuestro libertador.

### III.

Mientras tanto los suizos se apresuraban á buscar á Tell, Hedwiga, su esposa, y sus dos niños, estaban tranquilos en su morada en derredor de la chimenea, y la buena madre, después de haber entreabierto la puerta que daba al campo, sostenía con sus hijos el siguiente diálogo:

—Pronto vendrá vuestro padre, hijos míos: ya está libre, y nosotros también lo estamos... A vuestro padre se debe la libertad del país.

—Yo también he tomado parte en ello, madre mía, dijo Walther; y mi nombre será pronunciado en la historia con veneración.... Mi vida ha estado espuesta á la flecha de mi padre, y por eso no he temblado.

Hedwiga dió un abrazo á su niño y continuó:

—Si, tu vida ha corrido un gran peligro; pero al fin estás entre mis brazos.

No bien había Hedwiga acabado de pronunciar estas palabras, cuando la puerta que había dejado entreabierta se abrió del todo, y apareció en ella un hombre vestido de fraile.

—He aquí un buen religioso, madre mía, dijo Guillermo; sin duda viene á pedir una limosna.

—Decidle que entre, dijo Hedwiga, y le daremos alguna cosa.

Y diciendo esto se levantó y pasó adentro, y bien pronto volvió con un vaso lleno de aguardiente aguado.

—Entrad, dijo Guillermo al fraile; mi buena madre va á daros con que refrescar.

—Si, si, prosiguió Walther: sentaos y descansad, para que salgais de aquí con nuevas fuerzas.

Pero el fraile, con mirada aterradora y con las facciones de su rostro descompuestas, entró y preguntó:

—¿En dónde estoy? ¿En qué país? Decídmelo.

—¿Os habeis perdido? preguntó Walther.... Etais en Burglen, en el canton de Uri.

—¿Etais sola? preguntó el fraile á Hedwiga que le daba el aguardiente aguado. ¿No está en casa vuestro marido?

—Le espero de un momento á otro, respondió Hedwiga.... Pero ¿qué tenéis? ¿Etais malo? Tomad, tomad pronto y bebed.

El religioso se fué acercando á Hedwiga y dijo:

—Aunque mi corazón y mis labios estan alterados, yo no tocaré á nada sino me decis....

—No toqueis á mis vestidos, dijo Hedwiga retrocediendo; no os acerqueis á mí; alejaos, si quereis que os escuche.

—Por este fuego que brilla en vuestra casa hospitalaria, por vuestros queridos hijos á quienes abrazo....

—Estrangero, interrumpió Hedwiga alzando la voz; ¿cuál es vuestro pensamiento? No os aproximéis á mis hijos.... Vos no sois religioso; no, no lo sois; ese hábito que llevais es un simbolo de paz, y la paz no respira en vuestro semblante.

—Soy el mas desgraciado de los hombres.

Walther, corrió á este tiempo al lado de su madre diciendo:

—¡Aquí está mi padre!

Y acto continuo se lanzó fuera para recibirle, y al poco tiempo volvió á entrar, pero en los brazos de Tell, que gozoso estrechaba á sus dos hijos, diciendo:

—Ya estoy de vuelta, hijos míos.

En seguida miró á su muger, desprendiéndose al instante de sus hijos, y abrazando á Hedwiga continuaba:

—¡Oh! Hedwiga de mi corazón, madre cariñosa de mis hijos; Dios nos ha favorecido; ya no existe ningún tirano que nos pueda separar.

Y Hedwiga llorando de gozo le respondió:

—¡Tell de mis entrañas: si supieras las angustias que por ti he padecido!

El fraile contemplaba mientras esta escena con extraordinaria admiración.

—Olvidadlo todo ahora; ya me tienes de vuelta, ya me encuentro al lado de los míos.

—Y tu ballesta, padre mío, preguntó Guillermo, ¿dónde la has dejado?

—No la volverás á ver, respondió Tell; la he depositado en un lugar santo para que nunca vuelva á la caza. Pero ¿quién es este religioso?

—¡Ah! ya me olvidaba, interrumpió Hedwiga; háblale, su aspecto me causa miedo.

El fraile se fué acercando al cazador y le preguntó:

—¿Sois vos aquel Tell, cuya mano ha dado muerte al gobernador?

—Sí, yo soy; es cosa que no podré negar delante de ningún hombre.

—¿Con que sois Guillermo Tell? ¡Oh! es la poderosa mano de Dios la que me ha conducido á vuestra morada.

Tell empezó á mirar al religioso con cierta desconfianza y le preguntó:

—Vos no sois un religioso. ¿Quién sois?

—Vos, contestó el fraile, habeis matado al gobernador porque fué cruel hacia vos; yo he dado muerte á un enemigo que no quería reconocer mis derechos. Era vuestro enemigo como mío; yo he librado al país de ese hombre.

Tell retrocedió asustado y prosiguió:

—Luego vos sois.... ¡ah! eso es horrible!... hijos míos, retiraos, auséntale de aquí, querida esposa. Vos seréis....

—¿Quién es? Dios eterno, exclamó Hedwiga.

—No lo preguntes, respondió Tell. Vete, vete, con tus hijos, que no deben escucharle.

—¿Quién será, cielos? dijo Hedwiga cogiendo á sus hijos de las manos. Venid, venid, hijos míos.

Y diciendo esto, se ausentó con los dos niños, y Tell dijo al fraile.

—¿No sois el duque de Austria? Si, vos sois quien habeis matado al emperador vuestro tío y vuestro dueño.

—Me habia arrebatado mi herencia.

—¿Y aun cubierto con la sangre del emperador, te atreves á pisar el re-

ciuto de un hombre honrado? ¿Te atreves á reclamar de mí la hospitalidad?

—Sí, esperaba encontrar tu conmiseración, pues tú tambien te has vengado de tu enemigo.

—¡Desgraciado! ¿Y te atreves á compar la obra sangrienta de la ambición con la justa defensa de un padre? Yo levanto al cielo mis manos puras, y maldigo tu crimen; yo he vengado los sagrados derechos de la naturaleza, y tú los has profanado.

—Estoy sin consuelo, sin esperanza, me rechazais....

—Al hablarte solo, experimento un sentimiento de terror; vete, prosigue tu horrible camino; no manches la apacible morada donde habita la inocencia.

—No puedo, Tell; no quiero vivir mas.

—Sin embargo, aun tengo piedad de ti.... ¡Dios del cielo! ¡Tan jóven y de una raza tan noble! el nieto de Rodolfo, de mi emperador y de mi dueño perseguido como asesino.... está aquí, en el umbral de mi puerta, sobre mi pobre umbral, en ademan suplicativo y desesperado.

—Si pudiérais llorar... Soy un príncipe... lo era.... hubiera podido vivir feliz, si hubiese reprimido la impaciencia de mis deseos.... Pero la envidia me roía el corazón; veía la juventud de mi primo Leopoldo, embellecida por los honores, elevada á la soberanía, y yo, que era de su misma edad, me hallaba detenido, postergado por una servil minoría.

—Bien te conocia tu tío, cuando te negaba tus dominios, y tus vasallos... ¿Dónde estan los cómplices sangrientos de tu crimen?

—Donde las furias vengadoras los hayan conducido: desde nuestro desgraciado atentado, no los he vuelto á ver.

—¿Sabes que la proscripción te persigue? ¿Qué ningún amigo puede ampararte, y que se te debe tratar como á enemigo?

—Esa es la razón porque me aparto de los caminos frecuentados, y porque no llamo á ninguna puerta. Dirijo mis

pasos hacia el desierto; voy con mi propio terror por todas partes, y cuando mi desgraciada imagen refleja en algún arroyo, retrocedo con espanto...

El asesino se postró de rodillas delante de Tell, quien enternecido continuó:

—Levantaos, levantaos.

—No.... hasta que me tendáis una mano compasiva, no me levantaré.

—¿Y puedo yo ayudaros? ¿Qué puedo hacer hacia vos un pobre mortal?.. Pero levantaos.... Por horroroso que sea vuestro crimen, al fin sois un hombre, sois mi semejante, y Guillermo Tell no deja a nadie sin consuelo: cuanto pueda hacer, haré.

El asesino se levantó y asió la mano de Tell con vivacidad y entusiasmo.

—¡Oh, Tell, Tell! vos salvais mi alma de una atroz desesperación.

—Dejad mi mano y partid; aquí no podeis quedaros sin ser descubierto, ¿Dónde pensais encaminaros? ¿Dónde pensais hallar tranquilidad?

—No lo sé.

—Escuchad lo que Dios me inspira. Es preciso que partais a Italia, a la ciudad de San Pedro.... echaos a los pies del Padre Santo, confesad vuestro crimen, y salvad vuestra alma.

—¿No me entregará a los que me persiguen?

—Cualquiera cosa que haga, someteos a la voluntad de Dios.

—¿Y cómo llegar a esa tierra desconocida? Ignoro el camino, y no me atrevo a unirme a ningún viajero.

—Preguntad y tened confianza en Dios. De trecho en trecho hincaos de rodillas y elevad vuestras súplicas al Altísimo, que él os perdonará y os abrirá el camino de la salvación.

—¡Oh, Rodolfo, Rodolfo!.... ¿Es así como tu nieto debe pisar el suelo de tu imperio?

En este momento se oyó una música alegre que progresivamente se acercaba, y un ruido confuso de voces que prorumpían en vivas y aclamaciones. El asesino tembló, y Guillermo Tell le dijo:

—No escuchais ese ruido?

Pero Hedwiga acudió presurosa, y añadió:

—Tell, Tell, ¿dónde estas?... Aquí viene mi padre, acompañado de la gozosa reunión de todos los confederados.

—¡Desgraciado de mí! exclamó el falso religioso; yo no puedo permanecer al lado de los dichosos.

—Querida esposa, dijo Tell, da a este hombre lo que necesite para refrescar, y cárgale de provisiones, pues su camino es largo y no encontrará donde hospedarse. Corre, pronto, que vienen.

—¿Quién es? preguntó Hedwiga.

—No lo preguntes, esposa mía; y cuando haya partido, vuelve los ojos para no ver el camino que toma.

El fugitivo se acercó a Tell con emoción, y este se contentó con hacerle una seña con la mano para que se alejase, y Hedwiga y el viajero se ausentaron. Las aclamaciones se aumentaban, el ruido de la música sonaba ya mas cerca, y al poco tiempo una multitud entusiasmada rodeó a Tell. Rudenz que venia con ella, abrazó a Tell, a sus hijos y a los aldeanos, Berta estrecho afectuosamente a Hedwiga, y despues de un buen rato de clamoreo y trasportes de alegría, se impuso silencio y dijo Berta lo siguiente:

—Amigos y confederados, admitid en vuestra alianza a la dichosa muger que ha sido la primera en haber encontrado protección en la tierra de la libertad. Deposito mis derechos entre vuestras poderosas manos... ¿Me quereis proteger como a vuestra ciudadana?

—Sí, sí, gritaron todos. ¡Viva Tell!

—Pues bien, prosiguió Berta, doy mi mano a este joven.

Y dió su mano a Rudenz.

La libre ciudadana suiza, llega a ser la esposa del hombre libre.

—Y yo, exclamó Rudenz, declaro libres a todos mis siervos.

—¡Viva Guillermo Tell! ¡Viva la libertad!

Poco tiempo despues, entre músicas y festejos paseaban a Tell en triunfo por distintos lados de aquel dichoso país.

FIN.

## LA CATEDRA EN EL CAMPO,

### Ó SOLACES DE UNA FAMILIA PROSCRIPTA.

#### VII.

#### ORIGEN DEL CAFÉ.—METAMORFOSIS DEL MOSQUITO.

(Continuación.)

La forma general de la ninfa, se ha comparado á la que los pintores daban en otro tiempo á los delfines fantásticos (fig. 10); lo cual en cierta manera viene á ser un mosquito envuelto ó fajado como una momia, y gozando únicamente de la facultad de enderezar bruscamente su abdomen, (figura 9) que en estado de reposo; tiene la ninfa recogido contra su pecho. Tal vez lo que ofrece esta ninfa de mas notable, es el cambio que ella misma experimenta respecto á la respiracion, porque cuando llega á ser insecto aéreo, respira como todas las moscas, es decir, con el auxilio de las aberturas, colocadas en los dos lados de cada segmento. La larva respiraba por medio de un tubo terminal, la ninfa respira por medio de dos tubos ingeridos en su torax, á manera de dos orejillas prolongadas, ó cuernecillos, que naturalmente vienen á parar á la superficie del agua, cuando la ninfa, por causa de su ligereza especifica, se encuentra allí conducida. En este estado, sin otra necesidad que la de la renovacion del aire y la del descanso, permanece impassible, hasta que asustada por cualquiera impresion, huye y se sumerge, enderezándose impetuosamente y replegando su abdomen despues, cuya operacion repite muchas veces. En fin, cuando llega la hora de la última metamorfosis, aspirando

la ninfa una cantidad mayor de aire, se infla, y llega á ser mas ligera todavia, de tal manera, que su lomo sobresale un poco de la superficie del agua lo suficiente para que su piel se vaya desecando en esta situacion, y para que mientras continua inflándose llegue por último á romperse.

El mosquito, advertido por un admirable instinto, ha sabido adivinar que la mañana es el instante mas conveniente para su cambio de forma y de costumbres, y efectivamente los rayos del sol, ya bastante calurosos para darle el vigor de que tiene necesidad, no son sin embargo suficientes para desecar sus miembros tan débiles, y sus alas mil veces mas delicadas que la corola de una flor; el tiempo urge, bien lo conoce el insecto, y se apresura á atravesar esta crisis que una circunstancia imprevista ocasionaria un resultado funesto para su existencia. Agitase, pues, para ensanchar la cavidad de su envoltura, y al instante deja salir primeramente su torax y en seguida su cabeza con sus antenas y su trompa: no obstante continua agitando y logra sacar poco á poco la parte posterior de su cuerpo, de cuyo largo son los pies y las alas que se desarrollan y enderezan al mismo tiempo. Sin embargo, la envoltura, ya mas ligera y llena de aire, flota en la superficie del agua, como una navecilla de la cual el insecto, dirigido perpendicularmente, representa el mástil; (figs. 11. y 12.) entonces el menor soplo seria bastante á volcarle y causar su pérdida, pues una vez en contacto con el agua, sus alas y sus pies que hasta entonces están demasiado blan-

dos para que sirvan de auxiliares á salir de su envoltura, no podrían adquirir la consistencia necesaria para emprender el vuelo ó la marcha; pero si el mosquito, á la sazón, de miembros tan delicados, puede conservar por espacio de un minuto (largo periodo para él) su posición de mástil en la navicilla formada de su antigua envoltura, sus órganos se consolidan, estiendo sus piernas, las pone sobre el agua que le ofrece un punto de apoyo bastante para sostenerse, acabade desembarazarse de su vestido y al instante sus alas desplegadas y secas le permiten emprender su vuelo.

En cuanto á la facultad que tiene el

mosquito de apoyar sus pies en la superficie del agua, es común á otros muchos insectos, tales como los hidrómetros y los gerris, que marchan ó corren sobre la superficie del agua. Este es un hecho que se explica fácilmente por un experimento físico: una aguja de coser perfectamente limpia y puesta sobre el agua, al momento se sumerjiria; pero si esta misma aguja se frota con los dedos y se la reviste de una ligera capa de grasa que no permita al agua penetrar al acero, permanece rodeada de una ligera capa de aire, y flota en la superficie como si realmente fuese menos pesada que el agua. Ahora bien, los pies



15



tan delgados del mosquito, tienen como esta aguja, una capa ó una ligera viscosidad que atrae en su derredor otra ligera capa de aire, lo cual impide que se sumerja.

Cuando llega al estado perfecto (figura 13 y 14; 15 y 16), ya el mosquito es conocido de todo el mundo; pero

sin embargo suele confundirse bajo el mismo nombre y con la misma reputación respecto á otros mosquitos enteramente inofensivos, como las tipulas, los quirónomos, etc., que no tienen de común con él mas que la forma general del cuerpo. A escepcion de sus trasformaciones, dife-

rentes de las de todos los demás insectos de dos alas, se distingue muy singularmente por su trompa, y por sus antenas y por sus alas que están pertrechadas de pequeñas escamas

(figura 17) semejantes á las de las alas de las mariposas. Las antenas formadas de catorce artículos se diferencian especialmente según el sexo: los de la hembra son simplemente

16



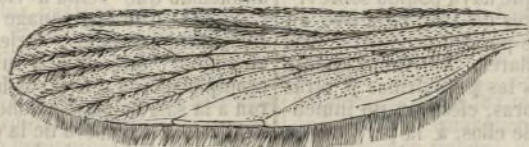
vellosas (figura 14 y 16) con dos sedas tiesas bastante largas á cada uno de los lados; las del macho al contrario (figura 13 y 15): en los dos primeros tercios de su longitud están guarnecidos de copetes sedosos muy largos que se asemejan á penachos; el último tercio de estas antenas, después de una interrupción, llega también á tener pelos bastante largos; esta distinción es muy importante, pues las hembras solo nos hacen sentir su picadura, y los machos son enteramente inofensivos; además de sus antenas plumosas, tienen á cada lado de su trompa un palpo velludo (figura 15), también terminado en un plumerito que se separa en dirección opuesta; de manera que representa con las antenas un elegante copete de plumas.

En fin, debemos señalar también otro signo distintivo: los machos solamente tienen el abdomen terminado por dos especies de corchetes encorvados (figura 18), y la hembra tiene únicamente dos paletillas (figura 19). Ni las antenas, ni los palpos plumosos

del mosquito macho, le impiden de chupar la sangre, sino que no siente la necesidad de un alimento tan sustancial: la hembra se hubiera visto mortificada con semejantes adornos, pues no hubiese podido chupar la sangre necesaria al desarrollo de sus huevos. La trompa de la hembra va simplemente acompañada de dos palpos filiformes, un poco vellosos en la estremidad y que le sirven de abrigo. Esta trompa además, se compone de una vaina membranosa, flexible, hendida longitudinalmente en la parte inferior hasta cerca de la estremidad (fig. 20), conteniendo cuatro pistilos negruzcos, que representan las mandíbulas de otros insectos: estos cuatro pistilos forman por su reunión un pequeño canal estrechamente fino, que penetran solos en la herida que hace el mosquito hembra, y al mismo tiempo la vaina, que representa el labio inferior de los otros insectos, se replega formando un ángulo hacia el medio de su longitud inferior (fig. 21 y 22), mientras que los palpos permanecen dirigidos hacia delante.

La industria que emplea el mosquito para hacer flotar sus huevos en la superficie de las aguas, es también digna de nuestra atención. En el momento de la postura (pone consecutivamente de dos á trescientos huevos) se posa en la margen del estanque muy cerca del agua, ó sobre un brizna de yerba

flotante, de modo que la estremidad de su cuerpo casi toque la superficie; entonces sus dos piernas traseras, estando cruzadas hacia atrás, reciben y mantienen en una situación perpendicular sobre el agua el primer huevo que acaba de ponerse; el segundo huevo, que sale al instante, se pega al



primero por medio de la grasa ó unta natural de que está revestido, sosteniéndose igualmente en una situación perpendicular entre las piernas; el tercero, el cuarto, etc., se pegan también allado de los precedentes, y en el corto espacio de dos minutos, se ven agrupados ya lo menos treinta, siempre sostenidos entre sus piernas; además, como todos tienen su gollete y su parte mas ancha vuelta hacia abajo en contacto con el agua, se si-

gue de ello, que la reunion de las estremidades mas estrechas en la parte superior de esta agregacion, debe formar una superficie cóncava. Entonces, es decir, al cabo de ocho ó diez minutos, que la postura se halla terminada, la reunion de todos estos huevos forma una pequeña concha negruzca, susceptible de flotar en el agua como una navicilla, y solo en esta ocasion es cuando el mosquito cesa de mantenerla entre sus pies y la abandona.

De este modo es como se han verificado en el intervalo de treinta ó treinta cinco días todas las fases de la vida del mosquito. Pueden sucederse cinco ó seis generaciones en el curso de la primavera, esto es, antes que el frío ponga término á su multiplicación. Si se considera que cada postura produce lo menos cien hembras, puede reflexionarse fácilmente, que basta una hembra sola que haya podido sobrevivir á los rigores del frío, para que en una sola parte puedan producirse mas de veinte millares. Afortunadamente todos los años las golondrinas y otras aves insectívoras, efectúan un inmenso consumo de ellos, á la par que en las aguas otros millares de enemigos destruyen sus larvas y sus ninfas.

Y con esto dió fin don Casimiro á la lectura de las metamorfosis del mosquito, lectura que agradó sobre manera á los jóvenes oyentes á tal extremo, que dijo Ramon:

—Papá, lo que acabas de leernos ha picado de tal modo mi curiosidad, que desearia no fuese esta la última vez que empleases tu tiempo de recreo en ilustrarnos acerca de otros insectos, en los cuales no ponemos atención, é indudablemente deben ser tan dignos de observarse como las metamorfosis del mosquito.

—Ciertamente, contestó don Casimiro, hijo mío, nada mas interesante,

nada mas digno de estudio y consideración que el gran cuadro de la naturaleza. Quisiera ser el mas profundo naturalista para llenar cumplidamente tu deseo; pero creo que no faltará momento en que pueda, recurriendo á los escritos de hombres eminentes en esta ciencia, satisfacer tu solicitud de una manera cumplida.

En este instante entró un criado anunciado que venia á visitar á don Casimiro un alto personaje de Madrid. Don Casimiro cogió la tarjeta, conoció al sugeto, se lo dijo á su esposa, y acompañado de esta y sus hijos, pasaron á la sala de recibó, donde vieron y hablaron al caballero de la corte.

Antes se habia oido la rotación de un carruaje que se habia parado á la puerta de la quinta; pero embebidos con la lectura, ninguno habia puesto atención, por eso despues comprendieron que el referido carruaje pertenecía á esta importante visita. Toda la familia se holgó mucho de ver á un individuo de la corte, quien manifestó el estado en que se encontraba Madrid en aquellos momentos. Fué convidado á comer, y esta vez, contra la voluntad de los niños, durante la comida, en vez de hablar de ciencias ó de otra materia instructiva, solo se habló de política.

(Se concluirá).

## HOMBRES CELEBRES.

### MEMORIAS

DE ENRIQUE JUNG-STILLING.



A DOLESCENCIA DE STILLING.

Un párroco de\*\*\* que pasaba á visitar algunas veces á la familia Stilling, observó con cierto interés la inteligencia de Enrique y su amor por el estudio. Aconsejó á Wilhelm que enviase á su hijo á la escuela latina de Florebur-

go, y la familia no despreció este buen parecer del párroco. Por lo demas, no supongamos que hubiese en esta determinación ningun sentimiento de ambición ú orgullo, siendo así, que aprender latin no era para Enrique una cosa de tanta importancia, pues la costumbre de aprender este idioma estaba mas propagada en Alemania que en las demas naciones de Europa: un pobre jóven podia ser muy buen latino, sin que por eso se sintiese escitado á salir de su aldea ni renunciar

á la humilde profesion de su padre.

Aun no habia cumplido Enrique los once años, cuando comenzó á estudiar el latin, sin que por eso dejase de habitar en Tiefenbach. Por la mañana muy temprano tomaba su morral, donde se encontraban, ademas de los libros necesarios, una rebanada de pan con manteca para su comida, la historia de los cuatro hijos de Aymon u otra semejante y una flauta. No bien se habia desayunado, partia, y apenas se hallaba fuera de la aldea, cuando tomaba, bien su libro, bien su flauta, y estudiaba ó tocaba mientras iba caminando. Como todo lo aprendia con extraordinaria facilidad, le quedaba sobrado tiempo para dedicarle á la lectura de la historia antigua: por el verano volvía todas las noches á su casa, y por el invierno, solamente los sábados, para volver á partir los lunes muy temprano. Lo mismo el camino que la escuela, le proporcionaron bastantes horas de placer. Con frecuencia, despues de comer, reunía en su derredor unos cuantos niños y se sentaba con ellos en el campo; allí sentado en las márgenes de algun arroyo, comenzaba á referirles todo género de historias entretenidas, y luego que se agotaba su provision, era preciso que otros tambien refiriesen algo á su vez.

No obstante, el párroco no le perdía de vista; hubiera querido hacerle continuar sus estudios; pero la mucha pobreza de Wilhelm no le permitía pensar en ello; más vino en su socorro una circunstancia, y aun cuando Enrique apenas contaba quince años, obtuvo para él una plaza de corta asignacion de maestro de escuela en Zellberg; la alegría que Enrique experimentó, es imposible espresarla; no tenía paciencia para esperar el día de su instalacion. Zellberg está situado á espaldas de la cima del Guiller; en tres cuartos de hora, puede irse desde Tiefenbach subiendo sin interrupcion: en las aldeas de esta comarca, no hay escuela mas que dos días á la semana en el verano, esto es, los viernes y los sábados. Stilling pasó, pues, de Tiefenbach el viernes por la mañana, es decir, al despuntar el día, y volvió el domin-

go por la noche. Este corto viage tenia para él un encanto inesplicable, especialmente cuando llegaba á la altura, antes de que el sol apareciese, pudiendo él verle salir por entre las colinas: un vientecillo ligero agitaba los rizos de sus largos cabellos; su corazón se conmovía y con bastante frecuencia derramaba lágrimas. Las ruinas del castillo de Geisemberg que miraba en su presencia, le hacían recordar las tiernas escenas que habían pasado allí entre su padre y su desgraciada madre; todo lo cual se reproducía en aquellos instantes, como sombras alumbradas por la luz mas pura. Enrique podía permanecer allí una hora entera dando riendas á su estremada sensibilidad, y á veces, hasta abstra-yéndose de si mismo.

Vivia en Zellberg un cazador llamado Kruger, quien habia celebrado infinito y con alegría la llegada del joven Stilling á su aldea como maestro de escuela, por lo que resolvió tomarle para su casa. Enrique se alegró mucho de la eleccion que de su persona habia hecho el anciano Kruger, porque tenia muchos libros raros y se habia propuesto Enrique sacar de ellos un gran partido; por eso la primera cosa que hizo al entrar en la casa de este individuo, fué visitar su biblioteca, y dió con un libro viejo en folio que contenía una traduccion de Homero en versos alemanes. Trasportado de alegría besó el libro, le estrechó contra su pecho, le llevó á su escuela, y le escondió debajo de la mesa para leerlo tan pronto como le fuera posible: ya habia traducido á Virgilio en la clase de latinidad, y oído hablar de Homero mucho y ventajosamente para no desear con impaciencia leerle siquiera una vez, y por eso no despreció la brillante ocasion que á la sazón se le presentaba. Con dificultad se ha leído nunca la Iliada con mas encanto y enternecimiento. Hector era su héroe y no Aquiles, ni menos Agamenon; adhirióse al partido de los troyanos, aun cuando Paris con su Elena no le parecieran dignos de tan honorífica mencion, principalmente porque siempre permanecía el primero escondido en su

casa, sin embargo de haber sido la causa de la guerra. Ningun personaje le inspiraba mas piedad que el viejo Priamo: las imágenes y las pinturas de Homero, estaban de tal manera tan conformes con su gusto, que no podia menos de leer en alta voz y con entusiasmo, cuando encontraba alguna imagen ó algun pensamiento sublime y bien aplicado a su objeto.

El método de enseñanza que Enrique Stilling habia adoptado para sus educandos, era muy extraño y singular. Por la mañana, no bien estaban reunidos todos los niños, rezaba con ellos, y sin libros los instruía, respecto á los primeros elementos del cristianismo; en seguida obligaba á cada uno separadamente á leer un trozo de la Sagrada Escritura, despues los animaba á que se aprendiesen de memoria el catecismo, prometiéndoles referirles algunas historias muy entretenidas cuando hubieran aprendido sus lecciones con entera perfeccion. Durante este tiempo les preparaba modelos de escritura y los hacia leer otra vez, y por último llegaba á sus narraciones y sucesivamente iba agotando todo cuanto sabia y habia leído en la Biblia, en el emperador Octaviano, la Bella Manquelona y otros libros semejantes. También emprendió referirles la ruina de la gran ciudad de Troya. Imposible es decir el extraordinario celo que los niños tenían en aprender bien y pronto sus lecciones, para que cuanto antes llegase la hora de la narracion de las historias; pero si habían sido desaplicados ó perezosos, el maestro no contaba nada, y solo leia para sí: nadie salia perjudicado con este raro método de enseñanza.

No obstante, sucedió que este método desagradó á varios habitantes de la aldea: los que tenían á su cargo la vigilancia de la escuela, aseguraron que Enrique enseñaba á los niños muchas cosas á un tiempo; pero el jóven preceptor de primeras letras, lejos de desanimarse, quiso enseñar además á sus discípulos la aritmética y hasta nociones de geometría. Innovacion fué esta demasiado atrevida y arriesgada, porque poco á poco se fué

levantando una tormenta que debía perjudicar al jóven maestro, y con efecto, el huracan que se preparaba, estalló á principios de otoño.

Quince dias antes de la festividad de San Martín, el mas anciano de los habitantes de la aldea entró en la escuela, y anunció á Stilling que el dia de San Martín tenia que volver á casa de su padre; este fué un golpe fatal que entristeció el alma del maestro y conmovió el ánimo de los discípulos que juntos se echaron á llorar. Kruger y algunos otros se enfurecieron cuando llegó á sus oídos semejante nueva, y juraron que el cura no les quitaria á su regente; pero Wilhelm Stilling aunque se enfadó y entristeció, como los otros, juzgó que era mas prudente volver á llamar á su hijo al lado suyo. Enrique partió acompañado de todos sus educandos, que iban llorando sin consuelo. El lunes por la mañana volvió á tomar posesion de su antiguo sitio en el extremo de un tablero; la profesion de sastre le era doblemente dolorosa despues de haber gustado las dulzuras de la de maestro de escuela.

Pero la vida agitada de Enrique Stilling no habia hecho mas que comenzar, porque estaba escrito en el libro de su destino verse atraído y rechazado á merced de los acontecimientos. Algunos meses despues de su regreso á Tiefenbach, Wilhelm recibió una carta de un hombre rico llamado Steifmann, de Dorlingen, en la Westfalia, que pedia al jóven Stilling para preceptor de sus hijos, con la condicion de dar lecciones á todos los niños de la cercania que gustasen aprovecharse de sus conocimientos. Despues de haberse celebrado un consejo de familia, donde algun tiempo se titubeó acerca de admitir ó no admitir, por última resolucion se dejó partir á Enrique.

Dorlingen está á una jornada de distancia de Tiefenbach, y tal vez haria cien años que ningun miembro de la familia de Stilling hubiese ido tan lejos. Pocos dias antes de la partida de Enrique, toda la casa se hallaba en la mas completa desolacion, y solo Enrique se

regocijaba interiormente de su partida; pero su contento no fué muy duradero; su cándida imaginación y su exquisita sensibilidad, iban muy pronto á someterse á duras pruebas. En fin, llegó una noche bastante tarde á Dorlingen. Steifmann, su muger, los hijos y los criados, acudieron á recibirle, y despues, mientras que cenaba le estuvieron contemplando desde la cabeza á los pies: al lunes siguiente dió principio la escuela, y ademas de los tres hijos de Steifmann, fueron viniendo sucesivamente hasta el número de diez y ocho muchachos rudos y pesados, y una docena de muchachas del mismo jaez. Stilling no sabia por dónde comenzar para dar principio á su enseñanza; porque le causaban espanto unas caras tan groseras y con tantos signos de estupidez; pero al fin se decidió á adoptar en esta ocasion su método acostumbrado: empezó por hacerlos rezar, cantar, leer y aprender de memoria el catecismo, lo cual duró unos quince dias; al cabo de cuyo tiempo, tanto los muchachos como las muchachas, se burlaron del maestro: este procuraba en vano mostrarse severo, porque sus discípulos en lugar de respetarle, se reian á carcajadas y el jóven maestro se echaba á llorar. Estas escenas eran las mas divertidas del mundo para Steifmann, pues cuando oia ruido en la habitacion que servia de clase, al momento acudia, abria la puerta, y se reia con todo su corazón; por lo tanto semejante conducta, hirió á Stilling en lo mas vivo de su alma. Fuera de la escuela no gozaba siquiera una hora de reposo y tranquilidad, porque con respecto á libros, que era lo que mas le divertia, no encontró mas que una vieja Biblia cuyos grabados en madera examinó escrupulosamente. En la casa ninguno le ponía buena cara; mirábanle como á un muchacho simple y hasta estúpido, porque no comprendia ó no queria comprender las chanzas y sandeces con que á cada momento le estaban insultando.

En esta sazón, recibió Enrique una carta de su padre en que le anunciaba de la manera mas afectuosa que iba á casarse, y le convidaba para que

asistiese á la celebracion de su nuevo enlace. Con efecto, consintió en ello, y cuando llegó á Tiefenbach, fué recibido carinosamente por todos, y con especialidad por Wilhelm, que aun ignoraba si su hijo recibiria con agrado su determinacion de casarse. Sin embargo, cuando le vió tan serio, derramando copiosas lágrimas, se lanzó á su cuello y le dijo:

—Bien venido seas, Enrique mio.

—Padre mio, contestó Enrique; me alegro de todo corazón de que seas dichoso, y me regocijo de que podais tener, si á Dios agrada, un dulce consuelo en vuestra próxima vejez.

—Tú sabes, Enrique mio, respondió el padre, que desde mi viudez he juntado quinientos escudos; hubiera podido reunir mas todavía, y todo esto hubiera sido para ti si no me hubiera vuelto á casar.

—No pensemos en eso, padre mio, y decidme si mi nueva madre se parece á la que ahora está en la mansión de los bienaventurados.

—No, dijo Wilhelm cubriéndose el rostro con ambas manos, pero es una excelente muger.

A la mañana siguiente pasó con su padre y otros amigos á Leindorf para la celebracion de las nupcias. Su madrastra le recibió con extraordinaria ternura; lloraron de gozo reciprocamente, lo que alegró el corazón de Wilhelm: Enrique refirió á todos sus parientes la causa de sus pesares.... La madre fué de dictamen que no volviese á Dorlingen, pero Wilhelm dijo:

—Nuestra familia siempre ha sabido sostener su palabra; Enrique, tú no debes faltar á ella, y es necesario que concluyas el tiempo de tu compromiso.

—Así fué: Enrique volvió, pues, á Dorlingen, pero sus discípulos no tornaron á la escuela; vino la primavera y todos se fueron á trabajar al campo; y como Stilling no tenia lecciones que dar, le obligaban en la casa donde estaba á hacer los trabajos mas bajos de un criado, de modo que el pan que comia le era bastante amargo.

Los criados de Steifmann resolvie-

ron embriagarle antes que se fuera, para divertirse con él mas á sus anchas: un domingo, al salir de la iglesia, como hacia frio y habia que emprender una hora de camino, uno de los dos sirvientes dijo al otro:

—Vamos á calentarnos un poco antes de partir.

Y como siempre regresaban juntos á su casa, Stilling entró á beber aguardiente con ellos en una taberna, y se sentó detrás de la estufa: bebieron aguardiente mezclado de jarabe, y el maestro de escuela se vió precisado á beber con ellos; pero notó al instante el objeto que se proponian, y tuvo la sutileza y el cuidado de conservar el aguardiente en su boca y arrojarle despues á hurtadillas detrás de la estufa: los criados fueron los primeros que se emborracharon, y desde entonces no pusieron atencion en Stilling, hasta que llegaron á embriagarse completamente. Buscaron con él un motivo de pendencia, y le costó sumo trabajo poderse escapar de sus manos; pero Enrique, habiendo pagado el gasto que por su parte habia hecho, á un descuido de sus falsos camaradas se au-

sentó, y ya de regreso en su casa quiso referir á Steifmann cuanto le habia sucedido, pero éste le respondió á carcajadas, y pareció que habia sentido que sus sirvientes no hubieran podido lograr el fin que se habian propuesto, esto es, el de embriagar á Enrique.

Por último, Stilling partió, y se contempló dichoso volviendo á casa de sus padres en Leinford; volviendo á emprender su egercicio de sastre, y solo leia, mientras comia y los domingos. Al cabo de algunas semanas, vino la estacion de los fuertes trabajos del campo; Wilhelm debió emplear á su hijo en ellos, y éste, aunque robusto y fuerte por su edad, no pudo absolutamente acostumbrarse á ellos. No bien se ponía á cavar ó á segar, comenzaban á temblar todos sus miembros, y con frecuencia se arrojaba en tierra lleno de fatiga y cansancio, cuyo género de vida al fin llegó á serle insupportable, y derramaba abundantes lágrimas y suplicaba á Dios diciendo:

—Señor, tened misericordia de mí, y cambiad lo mas pronto posible mi angustiada posicion.

(Se continuará).

## ESTUDIOS RECREATIVOS.

### BELLOS EGEMPLOS

DE FUERZA MORAL EN LA JUVENTUD.

LOS GRANDES PINTORES.

MIGUEL ANGEL.

Durante su juventud, su esceseivo amor al estudio, le condujo á una soledad absoluta: le tuvieron por orgulloso, por soberbio y por loco, porque en todo tiempo le fué enojosa la sociedad de los hombres; no tuvo ni un amigo íntimo, sino solamente conocidos, y estos eran personas graves y respetuosas, como el cardenal Polo, Annibal Caro y otros semejantes.

Fué liberal; regaló muchas de sus

obras; socorrió secretamente á un gran número de pobres, y especialmente á los jóvenes huérfanos y sin proteccion que se dedicaban á las artes; algunas veces dió á su sobrino hasta ciento sesenta mil reales de una vez.

Y decia

—Por rico que yo haya sido, siempre he vivido pobre.

Nunca pensó en lo que mas llama la atencion del vulgo, y solo fué avaro de una cosa.... de su atencion.

Cuando tenia que trabajar de prisa, le sucedia en ciertas ocasiones acostarse vestido para no perder tiempo en vestirse cuando abandonaba su lecho para dedicarse á su trabajo. Dormia poco y se levantaba á media noche para anotar sus ideas con el cincel

ó el lapiz. Su comida se reducía entonces á unos cuantos pedazos de pan, que colocaba en sus bolsillos por la mañana y que comía al mismo tiempo que trabajaba. La presencia de un ser humano le incomodaba, y sentía la imperiosa necesidad de encerrarse para estar mas á su gusto. Ocuparse de las cosas vulgares, era para él un suplicio insoportable: tan enérgico era en los grandes asuntos, como tímido en los de poco interés.... Nunca pudo hacer una limosna con una moneda de cobre.

Vasari, el confidente de Miguel Angel, se expresa de este modo al hablar de su amigo:

«Atento á lo principal del arte que es el cuerpo humano, dejaba á otros el recreo de los colores, los caprichos y las nuevas ideas; por eso en sus obras no se encuentran paisajes, ni árboles, ni fabricas; y en vano se esforzarán los inteligentes en buscar en él ciertas agudezas del arte, y ciertos caprichos de un ingenioso pincel, á los cuales jamás puso la menor atención; tal vez por una secreta repugnancia á hacer descender su genio sublime á tales cosas.»

De tantos millares de figuras como dibujó, ninguna se apartó de su memoria, y jamás trazaba un contorno, sin recordar si ya le habia empleado; por eso jamás se repitió. Dulce y fácil en vivir en las artes, era estremadamente desconfiado y exigente consigo mismo; él se fabricaba sus limas, sus cinceles, y nunca encomendó á nadie la ejecución de la menor herramienta, por insignificante que fuera.

No bien advertía un defecto en una estatua, cuando al punto la abandonaba y echaba mano de otra piedra. Hizo pocos cuadros y pocas estatuas; él mismo lo confiesa, pues un día dijo á Vasari:

—He comenzado muchas estatuas, pero no estando satisfecho de mi trabajo, las he abandonado.

Sucedíole en un momento de impaciencia el hacer pedazos un grupo colosal casi terminado; era una *Pieta*.

La madre de Cristo no es ciertamente á nuestros ojos un modelo de

belleza, y sin embargo, cuando Miguel Angel la concluyó, le reconviniéron por haber hecho tan bella y tan jóven á la madre de un hombre de treinta y tres años.

—Esta madre fué una virgen, respondió orgulosamente el artista, y bien sabeis, que la castidad del alma, conserva la frescura de las facciones: es, pues, muy probable que el cielo para dar un testimonio de la celeste pureza de Maria, permitiese que conservara el dulce brillo de la juventud, al mismo tiempo que para marcar que el Salvador se habia sometido realmente á las miserias humanas, no fué preciso que la divinidad nos separase nada de lo que pertenecía al hombre. Por eso la virgen es mas jóven que un ángel, y por eso tambien dejó al Salvador todas las señales del suyo.

Era ya viejo y decrepito, cuando un día le encontró el cardenal Farnesio á pie, pisando la nieve, cerca del Coliseo; el cardenal mandó que pararan el carruaje, y llamando al anciano artista le preguntó:

—Hombre, considera el rigor del tiempo, tu edad.... ¿Dónde vas?

—A la escuela, respondió el artista, á fin de aprender alguna cosa.

Miguel Angel dijo un día á Vasari,

—Amigo Jorge, si en mi cabeza existe algo bueno, lo debo al aire elástico de vuestro pais de Arezzo, que he respirado al nacer, asi como he chupado con la leche de mi nodriza, el amor hácia el cincel y al martillo.

Su nodriza habia sido hija de un escultor y esposa de otro escultor.

Cierta persona le reconvino en una ocasion porque no se habia casado, y él respondió como Epaminondas, añadiendo:

—La pintura es muy celosa, y quiere que el hombre se consagre á ella enteramente.

Un escultor que habia copiado una estatua antigua, se lisonjeaba de haber sobrepujado á Miguel Angel, y este dijo cuando lo supo.

—Todo hombre que sigue á otro, no puede ir delante.

Este tal era un enemigo suyo, el envidioso Baudinelli de Florencia, que

pretendía hacer olvidar el Laoconte por la copia que está en la galería de Florencia.

Un joven pintor hizo un cuadro bastante regular, habiendo tomado para su ejecución de todos los pintores conocidos una actitud ó un trozo; orgulloso con su obra, se la mostró á Miguel Angel.

—Muy bien, dijo este artista; perfectamente; pero ¿qué llegará á ser de vuestro cuadro el día del juicio final cuando cada uno reclame el miembro que le pertenece?

Miguel Angel recibió muy satisfactorios mensajes de mas de doce testas coronadas. Cuando pasó á saludar á Carlos V, este célebre principe se levantó al instante y le dijo:

—Así te saludo, porque hay en el mundo mas de un emperador; pero no un segundo Miguel Angel.

Francisco I quiso tenerle en Francia, y aun cuando sus instancias para el efecto, fueron enteramente inútiles, pensando que alguna circunstancia inesperada podría llevarle á su corte, abrió un crédito en Roma de quince mil francos para los gastos de viage. Acaso Miguel Angel hubiera podido hacer la revolucion que no pudieron efectuar Andres del Sarto, el Primaticcio, el Rosso y Benvenuto Cellini. Todos dejaron la Francia sin haber podido encender el fuego sagrado.

Alababa á Rafael con sinceridad, aunque no le gustaba completamente: decia del pintor de Urbino, que debia

su gran talento al estudio y no á la naturaleza.

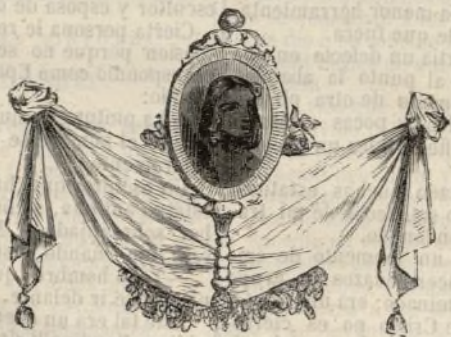
El caballero *Lione*, protegido por Miguel Angel, grabó su retrato en medalla, y habiéndole preguntado que reverso queria, Miguel Angel le mandó poner un ciego guiado por su perro con este renglon:

DOCEBO INIQUOS VIAS TUAS, ET IMPH AD TE CONVERTENTUR.

Sus restos fueron depositados solemnemente en la iglesia de los Apóstoles; el papa anunció el proyecto de elevarle una tumba en San Pedro, donde solamente los soberanos son admitidos; pero Cosme de Médicis, que queria substraerse á la tiranía por el culto de la gloria, hizo sacar de allí secretamente las cenizas del grande hombre: este sagrado depósito llegó á Florencia por la noche; al instante las calles y los balcones se llenaron de curiosos y de infinidad de luces.

Los principales acontecimientos de su vida, se han reproducido por medio de bajos relieves, ó por medio de cuadros, y rodeado de estas vivientes representaciones pronunció Varchi su oracion fúnebre.

Durante esta ceremonia se encontró el cuerpo de Miguel-Angel momificado por la vejez sin el mas leve signo de descomposicion. Ciento cincuenta años despues, habiendo hecho abrir la casualidad su sepulcro en *Santa Croce*, se halló todavia una momia perfectamente conservada, y perfectamente vestida á la moda del tiempo.



## CUENTOS PARA LOS NIÑOS.

### PRIMEROS AÑOS DE ZAL-ZER,

HIJO DE SAM.

Traducción inédita. Fantasía oriental.

....Siete días habían transcurrido, y ninguno se determinó á anunciar á Sam el nacimiento de un hijo semejante, y todo el ginéceo lloraba delante de la cuna del niño: nadie se determinaba á decir á Sam que su bella esposa había dado á luz un hijo que llevaba en sí mismo el carácter de la vejez. En fin, una nodriza, atrevida como un león, entró valerosamente en la estancia del héroe, y por medio de estas palabras, le hizo saber que era padre.

—¡Llor al valiente Sam! Arranquen el corazón á todos aquellos que forman contra él culpables designios.... Dios te ha concedido lo que le pedías, el objeto de los deseos de tu alma. ¡Oh! príncipe, ambicioso de gloria, detrás de los blancos pabellones del ginéceo ha nacido un niño bello como la luna; un joven héroe con el corazón de un león, que pequeño como es, está ya demostrando un alma valerosa. Su cuerpo es como una plata sin liga, su megilla brillante como un paraíso: no encontrarás en ninguno de sus miembros el mas leve defecto, á escepcion de su cabellera que es la de un anciano. Tal es el presente que la fortuna te acaba de hacer; es preciso que te contentes con ella y que te hagas digno de sus dones, que tu alma no sea ingrata ni que tu corazón se aflija.

El héroe bajó de su trono y acudió al ginéceo para ver al recién nacido; cuando vió los cabellos blancos que cubran la cabeza de su hijo, su corazón no halló ya esperanza en este

mundo; su orgullo le conduxo al mas grande estado de desesperacion y se separó violentamente del camino de la justicia y de la verdadera ciencia. Miró al cielo y pidió un combate al Todopoderoso.

—¡Oh! tú, dijo, que no conoces ni decadencia, ni cambio, ¿qué bien puedes resultarme con el terrible don que acabas de hacerme? Aun cuando yo hubiese cometido algun grande crimen, aun cuando hubiese seguido la religion de Ahriman, pudo el Creador del mundo, cediendo á mis súplicas, hacérmelas espiar secretamente, sin publicar mi vergüenza.

Preocupado con este fatal sentimiento, su alma se entristeció, y su sangre abrasadora hervía en sus venas.

—¿Qué responderé á mis enemigos cuando vean este triste retoño y acudan á preguntarme «¿Es este el hijo de algun demonio maléfico, de algun leopardo de dos colores, ó bien de algun peri?» En público y en secreto los grandes de la tierra se mofarán de mí; este oprobio me obligará á huir del suelo de Irán, tendré que despedirme para siempre de este país.

Después de haber exalado su cólera de este modo, bajó la cabeza acusando y maldiciendo su destino.

Luego celebró un consejo secreto; mandó perfumar la estancia y allí se decidió que el niño fuese sacado del ginéceo y abandonado en un país lejano, donde está la montaña llamada Albourz, montaña que está inmediata al sol y muy retirada del parage donde habitan los hombres.

Un simourgh (1) tenia allí su nido,

(1) El simourgh es un ave muy célebre en las antiguas poesías persas. Su nombre que significa *treinta pájaros*, indica su tamaño.

pues era un lugar desconocido al género humano, y aquí fué donde abandonaron al niño: en seguida regresaron al lado de Sam y trascurrió mucho tiempo sin que ocurriese novedad alguna.

Este pobre niño, inocente cual su padre despiadado, desechado como un objeto vil, ¿sabía siquiera lo que era lo blanco ni lo negro? Además, esta pobre criatura recién nacida era el objeto de furor de su padre, en tanto que una leona decia á su hijo, ya bastante crecido:

—Yo te hubiese dado la sangre de mi corazón y por eso no te pediría reconocimiento alguno, pues tu vida es la mía, la que me arrancarás si te separas de mí.

Abandonado el niño de esta manera, no tenía otro recurso que chuparse las puntas de sus dedos y de lanzar tremendos gritos.

Como el simourgh tenía hijos, se salió de su nido, y mientras volaba por los aires, vió al recién nacido que lloraba, pues la tierra no le ofrecía ningún género de socorro. Su cuna era una roca, y la tierra su nodriza; su cuerpo estaba enteramente desnudo y sus labios privados de leche con que alimentarse; tal era el estado de este niño, en derredor del cual se extendía una naturaleza triste y desolada, y cuando el sol derramaba sus ardientes rayos. ¡Ojalá que su padre y su madre hubiesen sido tigres, porque acaso hubiera podido encontrar un abrigo contra la influencia del sol.

Dios envió la piedad al corazón del simourgh, y no quiso inspirarle el deseo de hacer al niño objeto de su manutención. El ave descendió de las nubes, tomóle entre sus garras y le llevó á lo mas empinado de la roca y luego al monte Albours donde tenía su nido: colocó al niño delante de sus hijos, para que cuando llorase, no le picotearan; pero Dios les inspiró la misericordia, pues este niño tenía una existencia señalada en los decretos del destino. Oyóse una voz que dijo:

—Simourgh, pájaro afortunado, ten cuidado de esa tierna criatura, pues de ella deben proceder héroes tan va-

lientes como los leones furiosos; hémosle depositado en esta montaña y aguarda á los acontecimientos que el tiempo traerá consigo.

El simourgh y sus hijuelos miraron con ternura á este pobre niño que derramaba lágrimas de sangre ¡Cosa prodigiosa! Se compadecieron y quedaron estupefactos al ver la singular hermosura de su rostro: el ave cogió la presa que le pareció mas delicada, á fin de que, á falta de leche, su nuevo huésped pudiese chupar sangre, y de esta manera quedó el niño oculto mucho tiempo. Cuando el niño fué grande, llegó á tener una estatura semejante á la de un ciprés, emblema de la libertad; su seno parecia una montaña de plata, y sus miembros eran tan flexibles como un arroyo. Las caravanas pasaban cerca de esta montaña, y el signo particular que la distinguía fué conocido en el mundo, pues nunca el bien ni el mal pueden estar ocultos mucho tiempo: la noticia llegó á Sam, hijo de Neriman, y supo con asombro las circunstancias de este niño afortunado.

#### SUEÑO DE SAM.

Una noche que la llaga de su corazón se encontraba adormecida, los acontecimientos de la fortuna vinieron á turbar su sueño. Vió venir á todo escape de los climas de la India á un hombre montado sobre un hermoso caballo árabe; este arrogante caballero, este héroe perfecto, se acercó á Sam para darle nuevas de su hijo y le reveló le grandeza sobrenatural de tan poderoso retoño. Cuando Sam despertó mandó llamar á los *moubeds* (sacerdotes) á los que dirigió un discurso con este fin: habló acerca de lo que había visto en sueños, y tambien respecto á lo que había sabido de las caravanas.

—¿Qué me decís? ¿qué me aconsejáis? dijo. Vosotros podeis saber si este niño vive todavía, ó si ha muerto de frio, ó abrasado por el ardiente sol de Tamuz.

Lo mismo los jóvenes que los vie-

jos, abrieron la boca y dijeron al héroe:

—El hombre que se manifiesta ingrato hacia el Todopoderoso, jamás podrá conocer lo que hay de bien ni de mal en las cosas. En la tierra, en las rocas, tigres y leones, en el fondo de las aguas peces y cocodrilos, todos tienen cuidado de sus hijos, y todos dirigen á Dios un homenaje de reconocimiento. Pero tú has roto la alianza que Dios hacia contigo dándote un precioso don, que tú, ¡fiera! has rechazado.... ¡Niño inocente!.... Sus blancos cabellos que han turbado tu corazón, ¿por qué imaginas que son un símbolo de tu deshonor? Levántate; partamos en busca de este niño: vuelve tus ojos hacia el Señor con humilde súplica, pues él distribuye el bien y guía á los hombres.

A la mañana siguiente el héroe corrió llorando á la montaña de Albourz, y cuando la noche llegó á estar completamente oscura, llamó al sueño que vino á él mas pronto que el pensamiento....

#### SAM PIDE SU HIJO AL SIMOURGH.

Cuando despertó, llamó á los sábios, mandó á los gefes principales que montasen á caballo, y partió en busca de su hijo á los sitios donde le habían abandonado. Vió una montaña que llegaba al cielo; vió que el simourgh habia fabricado su nido en aquella eminencia con palos de ébano enlazándolos los unos con los otros: Sam, contemplaba esta roca, este ave terrible, este nido prodigioso. Un joven semejante á Sam estaba allí de pie, y algunas veces se paseaba. Sam apoyó su cabeza contra la tierra, y dió gracias al Señor por haber creado en aquella montaña un pájaro tan maravilloso; conoció entonces que Dios era todopoderoso, benéfico y justo y dominador de las cosas mas altas. Buscó el medio de llegar á esta montaña, pero no podia subir.

—¡Oh! Dios mio, dijo; ser superior á toda elevacion, padre de la inteligen-

cia y de todas las cosas, que estás mas alto que el sol y la luna, yo me prosterno delante de ti en humilde y reverente súplica. Si ese niño no ha nacido bajo la corruptora influencia de Ahriman, proporciona á tu esclavo el medio de subir esta montaña; no ensordezcas al ruego de tu servidor lleno de pecados, y devuélveme el hijo que rechacé.

Oyó el cielo esta súplica.

El simourgh divisó desde su altura á Sam y á su comitiva, y comprendió al momento que su fin era venir por el niño y no atacarle, y dijo al hijo de Sam:

—Ya has conocido mi afecto en mi morada: te he servido de padre y de nodriza; te he dado el nombre de *Destan-Zeud* (la injusticia existente), porque tu padre te ha tratado con injusticia: cuando hayas dejado estos lugares, manda que te llamen siempre con este nombre. Tu padre, el mas ilustre de todos los héroes de la tierra, se halla al pie de esta montaña, y voy á llevarte á su lado.

A estas palabras los ojos del joven se cubrieron de lágrimas, y su alma se llenó de dolor, y respondió al simourgh con un discurso juicioso y respirando en todas sus partes la ciencia de los antiguos tiempos: no habia visto hombres, pero el simourgh le habia enseñado el arte de discurrir. Invocó el socorro de Dios y escuchad lo que dijo.

—No hay duda que estareis cansado y disgustado de vuestra compañía. Pero sin embargo, vuestra residencia afortunada es mi trono, y vuestras dos alas, el esplendor de mi corona. Vos sois despues de Dios á quien debo mostrarme reconocido; por vos las cosas mas difíciles llegarán á serme fáciles.

El simourgh le contestó:

—Si vieses tu trono y la corona que te esperan, acaso no te agradase esta residencia. Vé á hacer la prueba de las vicisitudes de la fortuna; no es mi intento alejarte de los combates; yo quiero guiarte en la soberanía. Me es muy dulce verte á mi lado, pero es mas ventajoso para ti que te alejes. Lleva contigo una de mis plumas, y po-  
drá

des nunca del socorro de mi poder; cualquiera cosa que te suceda, cualquiera cosa que se diga de ti, echa esta pluma en el fuego y de repente verás mi gloria, pues te he criado debajo de mis alas como a uno de mis hijos.

Yo llegaré como una nube negra, y te conduciré á este retiro. No olvide tu corazón la ternura de tu nodriza, pues la afección que por tí esperimento me destróza el alma.

Diciendo esto le ase á su manera, y



atravesaba las nubes con su preciosa carga, hasta depositarle al lado de su padre. Este cuando vió á su hijo con un cuerpo parecido en la fuerza al de un elefante, y con las megillas tan frescas como la primavera, lloró, inclinó su frente delante del simourgh y dió gracias al Criador.

—¡Oh! reina de las aves: ¡que el justo Dios te conceda la gloria, el poder y la fuerza que deseo en mi hijo! ¡Que aquellos que mal te quieren, permanezcan siempre en la impotencia, y que tu poder sea eterno!

El simourgh volvió á tomar su vuelo, y Sam y su comitiva le miraron con asombro. En seguida el príncipe examinó al jóven de pies á cabeza y vió que era digno de su corona: tenía una fuerza de león, una cara de sol, un corazón de caballero, una mano vigorosa,

las cejas negras, ojos negros como la pez, los labios de coral y las megillas de color de sangre; á escepcion de los cabellos que eran blancos, no se hallaba en él ningún defecto. El corazón de Sam esperimentó la felicidad del paraíso, y dijo despues de mil bendiciones:

—Hijo mio, muéstrame tu ternura, olvida lo pasado, y que el afecto mas puro una nuestros dos corazones. Yo soy el último de los esclavos de Dios, y desde que te he encontrado, he jurado al cielo no tener contra tí el mas mínimo sentimiento de cólera y de hacer en todas las cosas tu deseo.

Púsole el manto de caballero y se alejó de la montaña; pidió su caballo, y el ejército entero rodeó á Sam lleno de alegría y de contento.

Los elefantes iban á la cabeza con

aquellos soldados que tocaban los tambores, y una comparsa numerosa, semejante á una montaña color de azul, se puso á tocar los tímbrals y los clarines, al mismo tiempo que se oía el sonido de las campanas de oro y de los cascabeles indianos. Los guerreros lanzaron gritos de júbilo y entraron en triunfo en la ciudad con un caballero mas.



## LOS TRES PERIODOS

DE

## LA VIDA DEL HOMBRE.

### COSTUMBRES DE LA JUVENTUD.

Viva y ansiosa de verificar sus gustos, la juventud no busca mas que el deseo de satisfacerlos, pero inconstante y ligera se disgusta fácilmente de los placeres, de los mismos placeres que ha deseado con tanta vehemencia. La pasión que mas poderosamente la conmueve es el amor á la gloria, y de tal modo se ciega con su brillo, que gustosamente sacrifica sus bienes y su reposo: de aquí nace su grande sensibilidad en punto al honor. Los jóvenes se manifiestan implacables al sufrir una injuria, al menor desprecio estalla su cólera y nunca es fácil reprimirla; de aquí tambien aquella elevación de sentimientos que se observa en ellos, viéndolos frecuentemente llenos de una noble emulación aspirar, á expensas de su propia vida, al honor que en general prefieren al interés. Ningun obtáculo los arredra, porque siempre se creen capaces de acciones muy levantadas y heroicas, lo que no es extraño en una edad en la que se vive sin experiencia, y en que las desgracias humanas no hacen que desmaye el alma. A la mas quimérica esperanza sacrifican su existencia: el corto espacio de tiempo que han vivido es para ellos un punto de vista desde donde miran la inmensa carrera que les queda que recorrer, y hasta se lisonjean con el pensamiento de

que esta carrera será gloriosa: y de aquí precisamente nace la facilidad con que se les puede engañar y seducir. ¿Cuántas veces no hemos visto como el artificio y el fraude han abusado de esta naciente edad? ¿Cuántas veces no se han aprovechado de esta especie de embriaguez, á que los condena su natural vivacidad? Pero si la inesperienza hace á los jóvenes el miserable juguete del engaño, ¿cuántas veces no es tambien el germen de muchas virtudes? Tiernos y sinceros, su amistad es tanto mas viva, cuanto menos sospechosa de interés. ¿Qué dichosos serian si tuviesen mas tacto en la elección de sus amigos! Sensibles y compasivos se enternecen fácilmente de los padecimientos de sus semejantes, porque no viendo en los otros mas que sentimientos de los cuales ellos mismos se encuentran afectados, no conocen toda la maldad de los hombres. En fin, poco amigos de la riqueza, ignoran el precio de ella, porque todavía no han experimentado los caprichos de la fortuna.

Mas ¡ay! ¿cuántos defectos no oscurecen todas estas virtudes? Sigamos á los jóvenes en sus diferentes posiciones, y aquí los veremos enemigos furiosos, allí decidiendo en tono magistral relativamente á cosas que ni siquiera han examinado; hácese dignos de reconvencion, porque demasiado llenos de amor propio para convenir en la falta que cometen, la cubren con una nube, y añaden á la vanidad una singular inclinación á la mentira, y una grande obstinación en sostenerla; pero lo que mas los imperfecciona, es la inclinación que suelen manifestar á la mofa, el gusto por la ociosidad; la pereza, la indocilidad y el desprecio hacia el reconocimiento; defectos fáciles de observar cuando los jóvenes hacen su entrada en el mundo. Siempre contentos y satisfechos de si mismos, lo saben todo, no respetan ni á la edad, ni á la autoridad, no procuran imitar menospreciando los modelos que debieran tener continuamente á la vista, si son buenos.

Un gran filósofo los ha definido con

dos palabras, cuando ha dicho que «se conducen mas por el sentimiento que por la razon.» He aqui la fuente, el origen de los disgustos y pesares que emponzoñan el resto de su vida.

#### COSTUMBRES DEL HOMBRE YA FORMADO.

Tan distante de las costumbres comunes á los jóvenes, como á las de los ancianos, el hombre ya formado, ocupa el término medio entre ambas edades: no tiene ni la audacia de los unos ni la timidez de los otros; pero se pone al frente de los peligros con aquel valor activo y tranquilo que no se conoce, ni en la hirviente juventud, ni en la helada vejez. No se hace esclavo de la opinion; la verdad y la prudencia arreglan sus juicios; político y atento con sus iguales, y respetuoso hacia aquellos de quienes obtiene favores, evita ofender á alguno, y solo tiene confianza en un cortísimo número de amigos. Hace que su honor camine á la par que sus intereses, y no conoce ni la profusion, ni la sordida avaricia, usando de sus bienes con tanta economía como nobleza. Dueño de sus pasiones, se ven brillar en él las cualidades que se estiman separadamente en los jóvenes y en los ancianos; así se vé la actividad en los unos y la moderacion en los otros, mientras que por otra parte hace llevar á un justo temperamento lo que peca en ellos de esceso ó defecto.

#### COSTUMBRES DE LOS ANCIANOS.

Las costumbres de los ancianos que quedan por describir, ofrecen un cuadro muy distinto. El hombre al fin de sus dias es, por decirlo así, desfavorecido por la naturaleza, él, que en otro tiempo parecia ser el objeto de sus complacencias. Aquella fuerza de imaginacion, aquella grandeza de alma que nos admiraba, son objetos eclipsados, y el anciano débil, encorvado por el peso de sus años, no tiene ya, en vez de tantas cualidades, sino defectos capaces de humillarle. Sus pasados sufrimientos, la experiencia de una larga vida, y la maldad de los

hombres, hacen al anciano tímido, circunspecto y sin resolucion, y como ha sido frecuentemente engañado por falsas apariencias, no se determina á pronunciar afirmativamente aun las mismas cosas que ha examinado con detencion. Si se trata de tomar un partido, busca, tantea, vacila entre el temor y la esperanza, y pasa así su tiempo en deliberar; pero no estrañemos su irresolucion, porque su larga experiencia le hace entrever dificultades que su natural timidez le aumenta; raramente se encuentra tambien en el anciano firmeza y elevacion de carácter. Ocupado de minuciosidades, se llena de sospechas, y el hombre en esta edad cree que siempre le tienden lazos, y mira las cosas por la parte mas mala, aunque sean inofensivas; de aqui su desconfianza y sus continuas quejas, de aqui su mal humor y sus pesares, y de aqui, por último su espiritu cáustico que todo lo vitupera y todo lo censura.

No se atreve á concebir grandes esperanzas, porque se halla al final de su carrera: si es sensible á las desgracias de las demas, es menos por un sentimiento generoso, que por un secreto recuerdo ó temor de sí mismo, pues teme todos los males á que los hombres están sujetos. La imagen de la muerte le persigue y le aflige incessantemente, y he aqui, sin duda, porqué el cuadro de su vida pasada se presenta á su memoria con tantos atractivos. Puede decirse que el anciano contempla lo pasado, como el jóven su porvenir. Sin embargo, es preciso convenir en que la prudencia, la sobriedad y la temperancia, acompañan casi siempre á la vejez: en esta edad en que el hombre se conduce mas por la reflexion que por el sentimiento, no se conocen las grandes pasiones: se exceptua, no obstante la avaricia, el mas temible tirano de los ancianos, el ídolo á quien sacrifican el honor, y algunas veces hasta la pública estimacion. En cuanto á lo demas, no debemos, ni temer su odio, ni contar con su amistad, por que los ancianos por lo general, son incapaces de una adhesion sólida y durable.

## HISTORIA NATURAL.

### LA GIRAFÁ.

La girafa es uno de los animales mas notables, mayores y mas hermosos que conocemos, y sin ser nocivo, es tambien uno de los mas inútiles. La proporcion extraordinaria de sus piernas, de las cuales las delanteras son al doble mas largas que las traseras, impide el ejercicio de sus fuerzas: su cuerpo no ofrece asiento; su marcha es vacilante, sus movimientos son lentos y como forzados, y el animal no puede huir de sus enemigos en el estado de libertad, y por lo mismo su especie es poco numerosa y ha estado siempre confinada á los desiertos de Etiopia, de algunas otras provincias del Africa meridional y de la India.

Hay naturalistas que han creído que la girafa desmoga como el gamo, pero debemos confesar que esto es enteramente inexacto; pues Belon, al hablar de este animal, solamente ~~los~~ los cuernos de la girafa están cubiertos de pelo.

Otros autores al describir á la girafa han asegurado, que puede alcanzar con la cabeza de diez y ocho á veinte pies de altura, estando en su situacion natural, esto es, puesta en cuatro pies. Su cuerpo es delgado, largo y derecho; su cabeza casi semejante á la del ciervo, con la diferencia de ser sus cuernos romos y de solo medio pie de largo; sus orejas son grandes como las de una vaca: carece de dientes en la mandíbula superior; tiene las crines redondas y finas, las piernas delgadas y semejantes á las del ciervo, y los pies á los de un toro; el color de su pelo se parece al del lobo-cerval, y su porte semejante al del camello.

De lo dicho hasta aqui se deduce claramente que es de especie única y muy diferente de cualquiera otra; pero si se la quisiese aproximar á alguna

otra especie de animal, seria mas bien á la del camello que á la del buey ó la del ciervo. Es verdad que tiene dos astas pequeñas, de las cuales carece el camello; pero se halla en ella tantas otras semejanzas con este animal, que no es extraño que algunos viajeros le hayan dado el nombre de *camello de la India*. Por otra parte, se ignora la sustancia de los cuernos de la girafa, y por consiguiente no sabemos si en esta parte se acerca mas á los ciervos que á los bueyes, aunque quizá las mismas astas ni son sólidas como los cuernos de los ciervos, ni huecas como las de los bueyes y las cabras. ¿Y quién sabe si acaso están compuestos de pelos reunidos como las del rinoceronte, ó si son de sustancia y textura particulares?

Ademas de esto, como la girafa por la altura excesiva de sus piernas, no puede pacer la yerba sin trabajo y dificultad, y se alimenta principal y casi únicamente de hojas de árboles, debe ser que sus cuernos, que son el resaca mas visible de lo supérfluo del alimento orgánico, participan de la naturaleza de este alimento, y son por consiguiente, de sustancia análoga á la madera, y semejante á la de las cuernas del ciervo.

Cuando la girafa salta, levanta las dos piernas delanteras, y consecutivamente las dos traseras, al modo que lo haria un caballo que estuviere con maniotas. Las hembras son comunmente de color leonado claro, y el de los machos es mas oscuro: tambien los hay casi blancos con manchas pardas y negras.

Los ojos son grandes, bien rasgados y brillantes, y el mirar apacible: su mayor diámetro es de tres pulgadas y una línea: los párpados están guardados de pelos largos rígidos en forma de pestañas, y no tienen lagrimales.

El vientre que hacía el pecho dista de tierra seis pies y seis pulgadas, y solamente cinco pies y diez pulgadas hacia las piernas traseras, está cubierta de pelos blanquecinos, y las piernas son manchadas como el resto del cuerpo, hasta la caña, que no tiene manchas, y es de color blanco puerco.

La girafa nunca acomete a los demás animales, ni se vale de sus astas

como los carneros, y solo cuando se vé muy apurada y sin recurso, se defiende con los pies, con los cuales hiere entonces la tierra con violencia.

Las girafas- habitan únicamente en las llanuras; andan en pequeñas manadas de cinco ó seis y a veces de diez y doce, y sin embargo, como ya lo hemos dicho, la especie no es muy numerosa.



LA GIRAFA